

El tatuaje de Simón

Fabrizio Guerrero Mc Manus

Su nombre era Simón, él tenía 19 años y yo 49, nunca supe cómo se apellidaba. Lo vi llegar una mañana nublada y fría. De inmediato llamó mi atención, la mayor parte de mis clientes tienen un porte que los eufemismos calificarían como "poco agraciado". Él sin embargo parecía un chico demasiado inocente y conservador para tener algo que ver conmigo. Recuerdo haberle preguntado su edad e incluso dudé cuando me dijo que tenía 19 años, tuvo que mostrarme su credencial de elector para comprobar su declaración. En retrospectiva creo que ese detalle terminó por resultar cómico. No miré de cerca su carnet, no me pareció necesario.

El chico permaneció sentado mientras terminaba de atender al primer cliente de la mañana, un hombre rudo y de piel morena que parecía portar una armadura milagrosa o no haberse bañado nunca, las opiniones variaban y con ellas las percepciones. Al cabo de veinte minutos terminé un trabajo más bien mediocre, no había podido concentrarme desde que aquel jovenzuelo entró nervioso a esperar por mis servicios.

Finalmente lo llamé mientras tomaba un muestrario con algunas de las piezas más demandadas. Alargué la mano pero el muchacho me hizo un gesto indicando que no estaba interesado. Parecía saber exactamente qué quería. Y fue entonces cuando se quitó ese gorro tejido que hasta entonces le cubría la frente y lo hacía ver aún más mozalbeta de lo que era. Su cabello era negro, de un intenso tono que contrastaba con su rostro y le hacía aparecer casi como un espectro. Lo traía largo y semi-ondulado. Se sentó en la silla y me miró fijamente como si temiera que reaccionara ante algo que estaba por ocurrir. Fue entonces cuando suspiró y me dijo:

—He venido a tatuarme los párpados, más bien, a tatuarme esa línea negra que las mujeres se ponen bajo la línea de las pestañas inferiores— sus ojos continuaron mirándome.

Yo jamás había hecho un trabajo así, pero no sonaba particularmente difícil. No pregunté nada, son los gajes del oficio, ignorar las peculiaridades e idiosincrasias de la clientela.

El chico no se quejó ni una sola vez, y eso que la aguja duele terriblemente y en los ojos es algo que debe venir acompañado de un terror psicológico apenas imaginable. Mirar cómo un cuerpo afilado se nos acerca y amenaza con romper y desgarrar la fina membrana que separa al mundo y a la conciencia, dejándonos ciegos y recordándonos que aquello que miramos puede también actuar sobre nosotros.

Note que el mozuelo carecía de cejas. Seguramente se las habría depilado. Supuse que ese chico debía de ser un emo o algo semejante. Tenía un aspecto andrógino y ambiguo. En su cara no se adivinaba la promesa de un vello o de una espinilla, su piel era tersa.

Fue en ese momento cuando finalicé de tatuarle el delineado ocular. Normalmente los tatuajes se cubren hasta que la piel ha sanado, hasta que no hay huellas de una intervención y parece que la piel siempre ha sido así, curiosa ella, con esos dibujos y grecas y esos patrones con simbolismos que nacieron de la nada. Ese efecto, cuando se consigue, es la máxima gloria para el tatuador. Pero en los ojos, allí no se puede cubrir nada porque no sabemos no ver.

Estaba a punto de cobrarle cuando me dijo:

—Bien, dolió mucho pero al menos lo más difícil ha pasado. Quiero que me tatúes las cejas..., por favor— y volvió a mirarme con esos ojos, ahora llorosos por el dolor que les había infligido, inyectados de sangre. Sangre y tinta.

No dije nada, me contuve de preguntarle por qué quería lucir así. El chico y su blanca piel, su largo cabello negro y ondulado, y la mezcla de sangre, tinta y mirada se convirtieron en un acertijo. Su frente comenzó a sudar y el olor que producía era inesperado para un mozuelo. Era un aroma que evocaba el deseo y desdibujaba al cliente, reemplazándolo por una fantasía.

Seguí tatuando. Haciendo de las palabras hechos y de los hechos una imagen cada vez menos ambigua. Las cejas fueron una obra de arte. No muy delgadas ni muy gruesas. De un negro intenso que se perdía entre sus cabellos y que contrastaba radicalmente con ese blanco fantasmático. El muchacho era más bien hermoso. Pero yo no debía tener esos pensamientos, y por varias razones, primero, era un muchacho, y segundo, era un cliente. Le mostré un espejo y le dije que aunque nunca había hecho aquello me sentía satisfecho con los resultados. Él asintió y volvió a mirarme.

—¿Crees poder delinearle los labios con un tono rosa que se asemeje a mis labios?— preguntó.

—¿Por qué?! —susurré sorprendido, arrepintiéndome en seguida de haberme entrometido en algo que finalmente no era de mi incumbencia.

—Es que... —comenzó el mozueto titubeando, luego suspiró y levantó los hombros como tratando de tomar valor para hacer algo que todavía le costaba— yo quiero ser mujer.

—Pero... —decidí no terminar la frase y sólo asentir.

En qué pensaba aquel mozueto, joven, atractivo a pesar de su androginia, simpático por lo que podía adivinar y seguramente de buena familia. Pero no era de mi incumbencia. Mi trabajo era transformar sus visiones platicadas, sus palabras, en imágenes plasmadas sobre un lienzo de carne.

Sus labios eran rojos, rojos y crasos. El niño se había ido convirtiendo en mis fantasías en un objeto y en donde antes hubo una promesa de un igual había ahora un deseo y una cosa que empezaba a anhelar. Mi trabajo era quizás demasiado bueno. Y, sin embargo, los ojos inyectados de sangre y tinta me contemplaban silenciosos mientras mis manos herían sus labios, obligándolo al silencio mientras yo satisfacía su sueño, mientras yo ejecutaba sobre él una proeza: hacer una obra de arte, un artificio que no lo pareciera, que apareciese como algo que siempre estuvo ahí sin que nadie lo hubiera puesto en aquel sitio.

Su rostro se convertía cada vez más en un espectro de un porvenir que había sido anunciado por unas palabras que lo llevaron a la carne. Justo como en la Biblia, pensé, cuando Dios dijo que la luz se hiciera y esta se hizo. Y ahora el chico decía que se hiciera la Mujer y yo estaba haciéndola allí mismo.

Los labios estaban casi concluidos. Y el espectro del porvenir se hacía presente, encantaba al muchacho, lo asediaba y sugería una imagen más bien femenina. El estado de sitio que operaba sobre su desdibujada masculinidad era sorprendente, incluso para mí, que había contemplado el proceso y que, sin embargo, estaba siendo seducido por la imagen. Asediado, encantado, por ese fantasma de un porvenir femenino que no había estado allí más que en palabras y pensamiento.

¿Quién habría sembrado en él aquellas palabras y pensamientos? ¿De dónde habría sacado la idea de volverse mujer, de hacerse una mujer? ¿Y por qué pensó que aquello requería de todo ese dolor?, todo esto y más pensaba, tratando de aclarar mis ideas. Obnubilado por una imagen que adivinaba en su futuro. Un futuro más futurista de lo que originalmente habría esperado.

La tercera intervención estaba terminada. El chico se miró en el espejo y sonrió adolorido. Tenía la cara inflamada y rojiza pero aun así pudo ver

el fantasma que habría de proyectar en un futuro. Yo no terminaba de creer mi propia obra. Cómo un ser humano podía transformar a otro, transformándolo hasta desear algo que antes sólo era extraño, transformándolo en su carne, en su cuerpo mismo. Llevando las palabras a la sangre.

Volvió a mirarme y titubeo un segundo. Yo lo miré fijamente y asentí.

—¿Alguna otra cosa? —pregunté, intentando ayudarlo.

—Sí, una más, será la última —respondió. Acto seguido se quitó la camisa y para mi sorpresa me dejó ver un par de senos medianos atrapados en unas vendas que, en conjunción con lo holgado de la prenda, escondían el cuerpo del muchacho.

—Quiero que me tatúes los pezones, así no parecerán de niño sino de mujer.

—Como digas —respondí.

Fue entonces cuando el mozuelo me mostró su torso desnudo, completamente perfecto. Su piel lechosa y su negro cabello largo y ondulado, esos senos medianos, y ese rostro afilado y enmarcado por aquellos labios carnosos. Eso ya no era un mozuelo, estaba frente a un lienzo pintando a Venus. Y la Venus que yo pintaba no era hija de las palabras, como había pensado. No estaba en la Biblia la analogía adecuada sino en la pintura, o mejor dicho, en el tatuar. Metamorfosearse así se parece mucho más a un Tatuaje que al Génesis. No era una hija de las palabras, no era su pensamiento ni su voz lo que la hizo femenina. No fue una idea, no fue un fantasma descarnado. Fue el tatuaje de la lengua, el sitio en donde la sangre se mezcla con la tinta. El estado de sitio en el cual la sangre porta un sentido por la tinta que la enmarca. Una intervención en el cuerpo mismo, una construcción manual y camuflajeada, para que parezca que yo no he hecho nada.

Y ese lienzo blanco, hermoso, angosto en la cintura y firme y globoso en los pechos. Ahí ya no había un cliente, no había un muchacho, no había una promesa de un hombre, sólo quedaba el cuerpo de mi deseo. Deseaba lanzarme y besarla, tocarla, hacerla mía. Había convertido al niño en mujer, y a la mujer en mi deseo. Mío, mío para no compartirlo. Quería que fuese mía, de mi propiedad. Mi logro. La había convertido en objeto y la quería como trofeo.

Los pezones quedaron perfectos. Los cubrí con un par de gasas y luego recubrí también las cejas del muchacho. Le embarre vaselina en los labios e imagine que los sentía mordiendo mis dedos. Habíamos terminado.

—Por mi parte es todo —le dije. Creo que he hecho un gran trabajo —añadí—, y antes de que te cobre, sólo dime una cosa, ¿lo saben tus padres?

—¿Que quiero ser mujer?

—Sí, ¿saben eso? —pregunté con curiosidad.

—Aún no, supongo que en algún momento se darán cuenta.

—¿Lo aceptarán? —pregunté ya sin ningún empacho por ser metiche.

—No lo sé. Espero que sí —y entonces hizo una pausa—, ¿tú lo aceptas?

—¿Yo? —exclamé sorprendido. —¿Qué más da que yo lo acepte?

—¿Aceptas que soy una mujer? —preguntó mientras se vestía, tratando de que los senos volvieran a desaparecer en la holgada camisa.

—Mmmm... ¿Qué es ser una Mujer? —pregunté en forma retórica, más bien para mí mismo y como antesala a una respuesta que pudiera hilar para su pregunta.

—Es tener pechos y cabello largo y labios carnosos y una piel tersa. Una cintura seductora y la capacidad de embelesar a los hombres —respondió el mozuelo sin chistar.

—¿Eso crees? —pregunté calladamente. —Yo podría haberte dicho eso.

—¿Y? —añadió expectante, como si no entendiera la relevancia de mi última declaración.

—Cuando terminé de tatuarte los pezones había llegado a la conclusión de que eras una mujer, en parte por todas las razones que mencionas. Me fascinaste, me pareciste seductora, una chica trofeo —el mozuelo se sonrojó y agachó la cabeza—, pero hay un problema y es que sigues entendiendo lo femenino desde tu hombría. Sabes, yo tengo una hija de tu edad. No negaré que es una chica hermosa, en su escuela tiene mucho éxito y eso me rompe la madre, pero jamás he visto que ella crea que ser mujer es aquello que tú has dicho. ¿Qué es una mujer?, buena pregunta, nunca lo había pensado.

—Pero entonces, ¿qué debo hacer para ser una mujer?, tú dices que la pienso desde mi hombría pero aún no puedo operarme completamente...

—No me refiero al cuerpo —lo interrumpí—, tú viniste aquí a hacerte un tatuaje. Y un tatuaje es el sitio donde la sangre se mezcla con la tinta. Una mujer es un tatuaje especial. Has enmarcado tu sangre con una tinta que quizás es demasiado vieja para tus 19 años.

—¿Cuánto me vas a cobrar? —me preguntó.

—Ah sí, perdón. Son 890 pesos.

El mozuelo me pagó con dos billetes de a quinientos. Le regresé ciento diez de cambio y él se marchó sin dejar propina. Me senté en la silla y pensé en lo ocurrido. Había entrado un muchacho, Simón, que vino y me hizo

ver cómo miraba a la mujer, y por un instante ahí hubo una, hasta que se desvaneció y sólo quedó un muchacho; el mismo muchacho que había entrado salió por esa puerta y siguió siendo un hombre. Él no había cambiado, pero a mí me esperaba un mundo nuevo lleno de mujeres a las que quería escuchar y preguntarles quiénes eran ●